

Tras las huellas de *Pinocho* en dos relatos de imágenes contemporáneos

Cecilia Jimena Alaniz (IFD N° 3 San Martín de los Andes)

*La literatura no reconoce ninguna ley, ninguna norma, ningún valor. La literatura como lo demoníaco, sólo se define negativamente, pronunciando una y otra vez su non serviam. Tratando, desde luego, de la condición humana, y de la acción humana, ofrece tanto lo hermoso como lo monstruoso, tanto lo justo como lo injusto, tanto lo virtuoso como lo perverso. Y no se somete, al menos en principio, a ninguna servidumbre. Ni siquiera moral.*¹⁴

Por remanido o trillado que pueda parecer, el tema de la tendencia didáctico-moralizante en materia de LIJ aún tiene una marcada resonancia y genera acaloradas polémicas en el campo; puesto que –tal como lo afirma María Teresa Andruetto en su ensayo “*Los valores y el valor se muerden la cola*”¹⁵– si bien en nuestro país se ha luchado intensamente durante varias décadas para que la literatura infantil también fuera considerada literatura y se le reconociera un estatuto estético en pie de igualdad con la “literatura a secas”; debido a la actual servidumbre a las reglas y estrategias del mercado que la literatura destinada a niños y jóvenes experimenta, debemos reconocer que existen editores y escritores que en pos del rédito económico que “escribir a la carta” supone, dan origen y ponen en circulación textos que resultan funcionales a la pedagogía y a la misión educadora de la escuela. Tales textos, lejos de ser literarios, proponen –desde ya– una concepción de literatura más pasatista y moralizante, que artística y estética.

En tal sentido, me pareció propicio abordar aquí la novela de Carlo Collodi en relación a dos objetos estéticos o libros álbumes contemporáneos; ya que la ambigüedad u opacidad que encierra Pinocho

¹⁴Jorge Larrosa citado por María Teresa Andruetto (2009: .87).

¹⁵María Teresa Andruetto (2009: .77-94).

-desde siempre- me ha resultado inquietante en relación a las disquisiciones sobre literatura infantil como un hecho cultural en sí mismo o –por el contrario- como medio para alcanzar fines pragmáticos o utilitarios vinculados a la enseñanza y al aprendizaje:

De veras que somos desgraciados nosotros,

los niños; todos nos atrapan, todos nos dan lecciones; todos nos dan consejos...

Es como si a todos se les hubiese metido en la cabeza que son nuestros padres o nuestros maestros, a todos, hasta a los grillos parlantes.”¹⁶

Desde que sólo era un simple trozo de madera, destinado a servir de leña o parte componente de una rústica mesita, Pinocho da muestras de su rebeldía, de su espíritu aventurero, generador de litigios y malentendidos. Envuelto en risas y llantos, da sus primeros pasos, desobedece, desoye toda advertencia y se divierte dejando entrever su indómita naturaleza, pero también su inmadurez y su ligazón afectuosa a Geppetto, a su modesto hacedor, a ese padre paciente y amoroso, que aunque intenta establecer las “reglas de juego” y se encuentre dispuesto a darlo todo, no puede impedir que su hijo corra riesgos, sufra, se equivoque y –finalmente- crezca al ponerse en contacto con el mundo de afuera, siempre “ancho y ajeno”.

Quizás por ser de madera, Pinocho es tozudo y testarudo, pertenece al mundo de los títeres y las marionetas, que lo reconocen como a un histriónico muñeco, como a un hermano. No obstante, su corazón y fibras internas lejos de ser de palo, se encuentran nerviosamente animados, encendidos y proyectados a la acción, como los chicos de carne y hueso, como cualquier niño que va a la escuela a aprender o que aprende pícara e ingenuamente de los peligros y avatares de la vida: El hada lo miraba y se reía.

-¿De qué te reís? –preguntó el muñeco, muy preocupado por esa nariz que crecía visiblemente.

¹⁶Carlo Collodi, Las aventuras de Pinocho, Buenos Aires, Editorial Colihue, 1996, p. 61.

-Me río de la mentira que dijiste.

-¿Y cómo sabés que dije una mentira?

-Las mentiras se descubren enseguida, porque suelen ser de dos clases: las mentiras de piernas cortas y las mentiras de narices largas. Por lo que se ve, la tuya es de nariz muy larga.

Pinocho no sabía dónde meterse, y trató de salir de la habitación. Pero no pudo. Su nariz había crecido tanto que ya no pasaba por la puerta”¹⁷

Pese a la preocupación manifiesta de su padre y de las maravillosas intervenciones del hada protectora de los cabellos azules, Pinocho suele meterse en problemas y más de una vez termina interceptado y detenido por adultos de férreos modales y acento militar, pues ya sean carabineros, gendarmes o guardias policiales, estos hombres lo amonestan y reprenden con severidad, incluso en ocasiones lo privan injusta y absurdamente de su libertad.

-A este pobre diablo le robaron cuatro monedas de oro. Deténganlo y métenlo en la cárcel (...)

-Si todos salen yo también quiero salir-dijo Pinocho al carcelero.

-Vos no, porque no sos como los demás...

-Perdone-replicó Pinocho-, yo también soy un malandrín.

En ese caso, tenés razón-dijo el carcelero, y sacándose la gorra lo saludó con mucho respeto y lo dejó...”¹⁸

Asimismo, en su largo e iniciático periplo, este muñeco también se encuentra con personajes terribles, famélicos, codiciosos y difícilmente piadosos, que cual ogros lo maltratan y atentan incluso con devorarlo, devorar a este Pinocho que anda siempre padeciendo los mordiscones del hambre y la miseria.

Hacia el capítulo XXV, luego de sufrir un intento de asesinato y de casi

¹⁷Carlo Collodi, Op.cit., p. 78.

¹⁸Carlo Collodi, op.cit. pp.85-86.

morir ahorcado al pender de la encina grande del bosque, Pinocho se reencuentra con su hada y se compromete a portarse bien. Aunque ansía convertirse en un muchacho y dejar de ser un muñeco de madera, promete y quiere decir siempre la verdad, “desgraciadamente en la vida de lo muñecos hay siempre un pero que lo echa a perder...” (p. 138); esto es, nunca cumple su palabra y frecuentemente incurre en mentiras. Por lo tanto la prolepsis o anticipo narrativo que pronuncia el hada al decir que el cambio o transformación de Pinocho, es posible siempre y cuando haga méritos, deberá esperar hasta el capítulo XXXVI en cerrarse y resolverse:

P-¿Cómo hiciste para crecer tan pronto?

H- Es un secreto.

P -Enséñamelo. Yo también quisiera crecer un poco. ¿No ves?

Yo me quedé como cinco de queso.

H - Pero vos, no podés crecer.

P - ¿Por qué?

H - Porque los muñecos no crecen. Nacen muñecos, viven muñecos y mueren muñecos.

P -¡Estoy harto de ser un muñeco!-gritó Pinocho-.Ya es hora de que me convierta en un hombre como todos los demás.

H - Y lo serás, si sabes merecerlo...¹⁹

Mientras tanto –debido a las picardías cometidas junto a sus compañeros más revoltosos de la escuela- Pinocho se granjea poco a poco la fama de *sinvergüenza*, *vagabundo*, *haragán* y *tarambana*...²⁰ Tanto es así que a pesar de sus promesas y a un ápice de convertirse en un ser de carne y huesos, se tiente, desobedece y nuevamente se lanza a la aventura con su compañero Pabilo, con quien viaja y se instala en el maravilloso “País de los juguetes”, donde alejado de los libros, las obligaciones y el esfuerzo que la escuela conlleva y sumido en la más

¹⁹Carlo Collodi, op.cit., p.111.

²⁰Ídem,p. 133.

plena y ociosa diversión devendrá paulatinamente en un pobre burro de carga.

Pinocho hizo ademán de salir. Pero al llegar a la puerta recordó sus orejas de burro, y avergonzándose de tener que mostrarlas en público, tomó un gran gorro de algodón y se lo encasquetó hasta la nariz... ²¹

Vendido luego en un mercado al dueño de un circo o compañía de payasos, será amaestrado y domesticado para que haga piruetas y salude al público de niños espectadores como “La estrella de la danza”. Tras un accidente queda rengu y es vendido nuevamente por alguien interesado en su piel de asno, logra burlarse de este segundo patrón y también desprenderse de su pelaje de animal. No obstante, su destino jalonado de travesías y peripecias, le interpone nuevos obstáculos por sortear, en ese sentido el relato nos cuenta que, nadando en la inmensidad del mar, lo traga un enorme tiburón y es en el interior de sus oscuras cavidades que se reencuentra con Geppetto, quien por salir a buscarlo había naufragado y resultado prisionero de este gigante del agua.

-¡Papito mío, por fin te encuentro! ¡Nunca más te dejaré, nunca más, nunca más!

-¿Entonces mis ojos me dicen la verdad?-exclamó el viejito frotándose los-

-¿De verdad que sos mi querido Pinocho?

-¡Sí sí, soy yo, realmente yo! ¿Ya me perdonaste, verdad?²²

Finalmente, logran huir ilesos de esa prisión, Pinocho nada hasta el límite de sus fuerzas y, gracias a la ayuda de un atún, logran llegar sanos a la costa. Geppetto ha sido salvado por su hijo, quién se pondrá a cuidar del viejecito hasta que el mismo recupere su vitalidad. Pinocho entonces trabajará duro y sin descanso, junto a su padre

²¹Ídem, p. 152.

²²Ídem, p. 173.

progresará material y emocionalmente, ayudará a su hada protectora y paulatinamente se convertirá en un gran muchacho próspero y en una persona de bien.

Las últimas palabras que intercambian padre e hijo, sobre el final del último capítulo resultan elocuentes y concluyentes:

-¡Papa! ¿Cómo se explican todos estos cambios, así, de repente?-Preguntó Pinocho saltándole al cuello.

-Todos estos cambios son mérito tuyo-dijo Geppetto.

-¿Por qué mérito mío?

-Porque cuando la gente cambia como vos cambiaste, tiene la virtud de hacer surgir un aspecto nuevo y sonriente aun dentro de sus propias familias ²³

Más aún cuando el mismo Pinocho, devenido en humano, contempla al inmóvil muñeco que alguna vez fue: “- ¡Qué gracioso era cuando fui muñeco! ¡Y que contento estoy de haberme convertido en un chico!” ²⁴

Ahora bien, hasta aquí he intentado hacer un breve racconto acerca del contenido narrativo o diégesis del clásico relato de Carlo Collodi, porque a los fines de la presente ponencia, esta obra oficiará de texto de base o –en términos de Gerard Genette²⁵ - “Hipotexto” a partir del cual será factible descubrir ecos o huellas de las aventuras de Pinocho en dos libros de imágenes contemporáneos, esto es, “hipertextos” del mismo. Las obras o intertextos que consideraré aquí son: Toda la Verdad -de Monique Zepeda e Ixchel Estrada y Rebelión en Tortoni de Pablo Bernasconi; las cuales a continuación, pasaré someramente a reseñar:

El universo que rodea al niño protagonista en Toda la Verdad está

²³Carlo Collodi, op.cit., p.188.

²⁴Ídem, p.188.

²⁵ Citado y comentado por Silvia Barei (2001) en De la escritura y sus fronteras, al considerar las relaciones transtextuales, p.51-54.

habitado por voces y dedos amenazantes que lo censuran, acusan y acosan constantemente. Ni bien nos asomamos al umbral de este libro álbum cobran relieve las rectilíneas y tramas cuadrículadas que dan cuenta de un mundo rigurosamente reglado y normativizado: el mundo de los adultos, el de la gente correcta, de trazos definidos, calculados e inequívocos.

En las primeras páginas nos encontramos con el perfil de Totó Kartush, que muestra en su afligido rostro los signos de la desesperación y el desconcierto. Las reminiscencias a Pinocho surgen inevitablemente: en principio, por su nariz eréctil que se extiende y mide cincuenta largos centímetros, en segundo término, por ocupar una especie de “banquillo de acusados”, en tercer término por el bonete, la estrella y las orejas de burro que alguien le inserta y por último por el telón de fondo que acompaña a su figura, empapelado y revestido por la palabra “Mentira” sutilmente multiplicada en tonalidades grises, claras, tenues, casi desdibujadas.

La geometría invade el espacio y el escenario de la acción, una pluralidad de mojones, carteles y flechas saturan y persiguen al personaje principal, que es permeable a toda indicación y depositario de las más interminables y obsesas advertencias, que más que señalarle un itinerario a seguir, lo angustian y atormentan.

El paisaje que envuelve a Totó es hostil e irritable- en virtud de la técnica del collage y del foto-montaje, lo rodean figuras casi esperpénticas, que erigidas en jueces se hacen oír y respetar hasta el hartazgo. El de Totó es el lugar de una niñez que es blanco de las más ensordecedoras sentencias, instrucciones y moralejas. El de los otros, es el espacio del poder, del más fuerte, del que protege y detenta un saber sobre cómo vivir y proceder. El de Totó es el espacio de la indefensión y la vulnerabilidad, reducto al que –paradójicamente- lo confinan aquellos que lo quieren ver crecer y madurar.

A nivel de la diégesis, el relato nos cuenta que un día Totó dijo una gran mentira y que por ello ese día devino en “terrible, espantoso, tremendo, escalofriante y horroroso”. Luego sus mayores le explicaron la

importancia que supone decir siempre la verdad, en consecuencia una vez que este niño hubo reflexionado al respecto, comenzó a decir siempre la verdad, pero a la gente y a sus interlocutores adultos, no les gustó tan descarnada sinceridad. Fue así cómo también tuvo que someterse a la lección sobre los tamaños, rangos y jerarquías de mentiras y verdades. Así Totó descubrió que a la par de las mentiras a secas, también hay mentironones, mentirazas, mentirísimas y mentirititas y que hay verdades suaves, duras, a medias, horrendas, claras, explosivas, pesadas, luminosas, hermosas y también complicadas. De esta manera y con la ayuda de sus “mentores e iniciadores” Totó Kartush comenzó paulatinamente a ser un poquito hipócrita y a no “jugarse” ni por un sí ni por un no, de manera que el “más o menos” le pareció la salida más elegante y menos hiriente para hacer frente a las más comprometidas y apremiantes situaciones. No obstante, semejante indefinición a esta gente tan cabal y tan entera tampoco le gustó, por lo que Totó además de hacer terapia debió optar por el azaroso movimiento de una ruleta, pues a falta de instrumento más agudo y más exacto, este aparato podría orientarlo a la hora de expresar versátil y ocasionalmente un “depende, a veces, más o menos, sí, no, casi siempre”, pues aparentemente si de vida social y relaciones humanas se trata, todo deviene en relativo y mudable. Finalmente, la artera suerte quiso que la ruleta de Totó un día se averiara, entonces este niño-desorientado y sin norte se ofuscó e irrumpió en una sarta de improperios e insultos que- bajo la forma de lagartos y repulsivas alimañas- fueron merecedores de los más severos retos y amonestaciones. La historia se cierra con un Totó acorralado y con su boca sucia burbujeante en espuma de jabón, sus ojos inspiran preocupación y un halo de vergüenza le ruboriza una mejilla de la cara. Pues como “lo de las malas palabras” dará mucho que hablar, se dice –irónicamente- a los lectores que esa nueva lección formará parte de otra historia tanto o más edificante que la que acabamos de recorrer y presenciar.

En otro sentido, Pablo Bernasconi nos presenta, en *Rebelión en Tortoni*, ya no a un niño, sino a un joven adulto cuyas preocupaciones no lo de-

jan dormir, lo desvelan y le ocasionan una picazón tan insoportable, que al rascarse con furia la cabeza sentirá un efecto similar a cuando un globo se pincha o se desinfla. De hecho, a partir de ese momento verá cómo sus ideas, sensaciones u opiniones se escabullen por el aire y lo desnudan frente a los ojos de una multitud de espectadores. Desde luego, tanto fluir de la consciencia diseminado en letras de colores y de los tamaños más diversos, le traerán aparejados una serie de inconvenientes: Será despedido de la empresa en la que trabaja, revelará su atracción por la mujer de quién está enamorado y ofenderá o se distanciará de no pocos amigos. Desesperado, Tortoni intentará atrapar sin éxito sus pensamientos insolentes, desvergonzados y escurridizos, consultará incluso a un médico que no podrá ayudarlo demasiado en encontrarle cura a esa extraña profusión de ideas en danza y en permanente fuga. Finalmente, cansado y angustiado se sentará en un banco de una plaza y al quedarse dormido, soñará con los momentos más tiernos y cálidos de su infancia. Al despertar, notará que la gente lo mira con simpatía y con agrado, pues ya no leen en el aire palabras hirientes u ofensivas; sino los dibujos más vivaces, alegres y representativos de la niñez, que es la de Tortoni y la de todos los que alguna vez fuimos chicos. La estética de esta obra, plasmada en un papel satinado y trabajado desde el diseño gráfico, es realmente admirable y pone al lector en la necesidad de leer articulando el doble plano del texto y de la imagen.

Ahora bien: ¿Qué puede llevar a suponer que en este libro álbum es posible reconocer y leer algunas marcas discursivas o alusiones tangenciales a la historia de Pinocho? ¿Cómo se advierte en *Rebelión en Tortoni* la co-presencia de un discurso clásico pre-existente? En primer lugar, la picazón en la cabeza, Pinocho al igual que Tortoni se rasca desesperadamente cuando está a punto de convertirse en el hazmerreír de todos, esto es, en un burro de orejas altas y peludas, a las que muerto de vergüenza intentará ocultar y disimular, sin éxito. Esa picazón marca un punto de inflexión e inaugura una suerte de metamorfosis o “nuevo estado de cosas” en ambos relatos. En segundo lugar, la nariz prominente y filosa de Tortoni nos recuerda a la del personaje clásico. Por último y tal vez sea

el eco más importante a destacar, el valor que cobra la infancia en ambos relatos, en contraposición al mundo de los grandes. Tortoni –apabullado y preocupado por los prejuicios del entorno y las reacciones que la gente experimenta frente a su fluir de la consciencia o “anarquía cerebral”- encuentra un remanso o refugio en sus recuerdos y escenas de la niñez. Al igual que él, Pinocho anhela convertirse en un niño como otros, pues la infancia es la edad del desenfado, el frenesí aventurero, el afecto gratuito, la “pura rebeldía”, las ganas de dar de nuevo y de volver a empezar. De ahí que el libro álbum nos diga:

Sus pensamientos aún estaban ahí, pero algo había cambiado...

Tortoni contento y aliviado, volvió a su casa. Al día siguiente saldría a buscar un nuevo trabajo. Y, seguro, pronto se acostumbraría a esta nueva particularidad por cierto extraña pero que ya no molestaba a nadie... Bueno, a casi nadie²⁶

Desde Mijael Bajtín, pasando por Julia Kristeva, otros tantos teóricos y críticos de la literatura han discurrido acerca del dialogismo o relaciones intertextuales que pueden establecerse entre los discursos orales y escritos que se producen en el marco de la cultura universal. Tales discursos se comportan como eslabones de una cadena dialógica, por lo que es posible que guarden entre sí ecos y resonancias que nos remitan a otros discursos u obras de circulación precedente o ulterior²⁷. En el caso que nos ocupa- el lugar del texto de base es asignado al relato clásico- mientras que el mismo aparece reescrito en cierta forma por los relatos de imágenes antes comentados; los cuales a su vez tienen la función de resemantizar o cargar de nuevos significados a la obra original, que oficia aquí de punto de partida.

Por lo dicho hasta el momento, conviene considerar que el relato de

²⁶No es posible establecer el número de página.

²⁷Ver Silvia Barei, *De la escritura y sus fronteras*, editorial Alción, Córdoba, 1991, pp.45-50.

Collodi es prismático por naturaleza, posee un lenguaje que dispara una multiplicidad de sentidos a un tiempo y así como ha sido visto y tratado como un discurso pedagógico y ejemplarizante; también al decir de estudiosos -como Marc Soriano- constituye un manifiesto antipedagógico:

Se trata más bien de un texto proyectivo, metafórico, que cuenta sin ambages la adquisición de la conciencia de un niño que no tiene pleno dominio sobre sus sentidos, ni sobre sus movimientos y que todavía no es una persona...²⁸

No cabe dudas que Pinocho emprende un viaje iniciático o de aprendizaje, al cabo del cual deviene en un muchacho y se diferencia de aquél que era en un comienzo; pero sus aventuras lejos de inscribirse en el terreno de la censura y la prohibición –como sucede en el caso de Totó Kartush- se mueven en un terreno atravesado por el riesgo, la adrenalina y la transgresión. Más aún, Pinocho – a pesar de sus equivocaciones y mentiras- siempre goza del perdón y la comprensión de sus seres queridos, cosa que a Totó parece estarle vedado en su entorno familiar. Hacia el comienzo del capítulo XVIII del texto clásico leemos:

El hada vio cómo el muñeco lloraba y se apiadó de él. Golpeó las manos y entraron por la ventana mil grandes pájaros carpinteros que se posaron en la nariz de Pinocho y comenzaron a picotearla. En pocos minutos aquella nariz enorme quedó reducida a su tamaño natural...²⁹

En virtud de una genial y plástica ironía, la obra de Monique Zepeda e Ixchel Estrada, parece sugerirnos que desde la lógica del “*esto no se*

²⁸Marc Soriano, *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas.*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2001,p. 166-168

²⁹Carlo Collodi, Op.Cit. p.79.

dice y esto no se hace” – que no es más que el mal entendido de la obra de Collodi en la que muchos pedagogos recalcitrantes han caído- Totó Kartush permanecerá siendo un niño o devendrá en una marioneta a la que se podrá manipular y dirigir a criterio de los adultos o quienes “muevan los hilos”. De ahí que este personaje nunca se ría, viva angustiado y con cara de haber cometido muchas faltas y torpezas. Totó – a diferencia de Pinocho- no crece, ni aprende, ni madura en el relato... y los responsables de obturar su iniciación son -lisa y llanamente -sus mayores, aquellos que en el afán de educarlo, lo sofocan de enseñanzas rectilíneas, enseñanzas que no sirven, más que para “domesticarlo” e infundirle miedo, inseguridad y tensión.

Por otra parte, en el caso de *Rebelión en Tortoni* el movimiento que se le exige al personaje para curarse es analéptico o retrospectivo, pues es al evocar los momentos más importantes y significativos de su niñez que este joven personaje -casi enajenado por los conflictos del mundo adulto- logra recuperarse y reencontrarse consigo mismo. En las últimas páginas de esta obra de Bernasconi, leemos:

Se sentó en el banco de una plaza, cansado, cerró los ojos y se durmió.

Y soñó que pensaba.

En el olor de las tostadas, que le hizo recordar a su abuela. Y pensó en Pepino, el gato blanco y gordo que tenía de chico, prrr prrr prrrrrr, pensó en las manos de su madre cuando le acariciaba el pelo, en un triciclo rojo con asiento de cuero, en su cuaderno de hojas gruesas con olor a tiza mojada. Pensó en la pileta de lona celeste donde se bañaban cuando hacía calor, se acordó del olor del agua y de cuando corrían por las baldosas calientes para no quemarse los pies. Se acordó del día en que su hermano le regaló ese avioncito amarillo, se acordó de la noche en que su padre se disfrazó de Papá Noel y él lo reconoció por la risa cortita. Revivió el día en que la chica que le gustaba le dio un bombón envuelto en una carta que olía a frambuesa. Pensó en el aroma del bosque, en el sabor de la tierra seca entre los dientes, pensó en la arena amarilla acariciando sus manos. Olió pan crudo, saboreó chocolate, tuvo frío cuando recordó un invierno lejano y le

*dolieron los ojos por mirar el sol caliente de un verano feliz...*³⁰

Son estos pensamientos los que le infunden ánimo y revitalizan al deprimido personaje, en ellos se advierte la presencia de adultos entrañables. Pensamientos en los que no aflora ni un dejo de envidia, de insultos, ni de rencores. Tortoni ya no sufre insomnio por preocupaciones de adultos que lo desbordan, ya no tiene vergüenza de verse expuesto frente a los demás ni de desnudar sus pensamientos al viento, así como Pinocho ya no tendrá necesidad de mentir ni de avergonzarse por ello. Ambos personajes son “de la misma madera” y han alcanzado el sentido y el sabor de la existencia en la niñez, en tanto edad plena.

Ya lo decía hace un par de años atrás, Graciela Montes en su corral de la infancia, cuando al hablar de viejos tabúes y de corrales nuevos, discurría sobre cómo los adultos tendemos a encerrar de alguna manera a la infancia, al seleccionar obras que- en su afán proteccionista- presentan un mundo narrado “políticamente correcto” en el que no es posible encontrar quiebres, ni rupturas, ni conflictos, ni ciertos temas de los que es mejor “no hablar con los chicos”.

La relación entre los grandes y los chicos no es una campiña serena sino más bien una región difícil y escarpada, de a ratos oscura, donde soplan vientos y tensiones; un nudo complejo y central a nuestra cultura toda, que sería tonto pretender despejar en pocas palabras (...) ³¹

Estoy convencida de que con los niños se puede hablar de cualquier tema importante de la vida; trato de hacerlo cuando puedo, y, dentro de lo que me permite la distancia siempre presente, aunque disimulada a veces, entre el grande y el chico, trato de hacerlo con franqueza...” ³²

Estas últimas citas vienen a cuenta de los libros álbumes cuyo valor literario he tratado de sopesar, ya que ambos –a mi criterio y más allá

³⁰ No es posible establecer el número de página.

³¹ Montes, *El corral de la infancia*, FCE, México, 2001, pp.18-19

³² Graciela Montes, op.cit. p.66.

de los ecos intertextuales señalados- ponen en tensión los móviles y pautas de conducta que rigen las relaciones sociales y humanas en el marco del mundo adulto. Totó Kartush se debate y vacila entre decir la verdad y la mentira porque aún no entiende lo que es la hipocresía, disfrazada -desde ya -de “decoro y de buen gusto”. Tortoni es despedido de su empleo porque allí no hay lugar para “anarquías cerebrales”, esto es, para ningún tipo de rebeldía, ni para darle rienda suelta a las verdades sin tapujos ni ambages. En ambos relatos surge el conflicto entre apariencia y realidad, se tensionan los planos del decir y del hacer, del pensar y del parecer, del mundo adulto y de la niñez.

Resta decir -finalmente- que en nuestro rol de mediadores- docentes, talleristas y bibliotecarios- debemos tender puentes y poner al alcance de los chicos y chicas este tipo de libros que, al revestir calidad estética y literaria, y al presentar una realidad extrañada y poco convencional; los muevan a la reflexión, les asignen un rol activo como lectores, les presenten un desafío interpretativo y les permitan ampliar su capital cultural y simbólico. Vale la pena-entonces- dar de leer obras literarias como las aquí contempladas, las cuales lejos de pretender moralizar o ejemplarizar, merced a un intrincado contrapunto entre lenguaje verbal y no verbal, muestran las complejidades y contradicciones de la existencia humana.

Bibliografía:

Andruetto, María Teresa (2009) Hacia una literatura sin adjetivos, Editorial Comunicarte, Córdoba.

Bajtin, Mijail (2005) Estética de la creación verbal, Siglo XXI editores, Buenos Aires.

Barei, Silvia (2001) De la escritura y sus fronteras, Alción Editora, Córdoba.

Bernasconi, Pablo (2009) Rebelión en Tortoni, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Collodi, Carlo (1996) Las aventuras de Pinocho, Ediciones Colihue, Buenos Aires.

Díaz, Fanuel Hanán (2007) Leer y mirar el libro álbum: ¿Un género en construcción?, Grupo Editorial Norma, Bogotá.

Montes, Graciela (2001) El corral de la infancia, FCE, México.

Schritter, Istvan (2005) La otra lectura: La ilustración en los libros para niños, Lugar Editorial, Buenos Aires.

Soriano, Marc (2001) La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus

grandes temas., Buenos Aires, Ediciones Colihue.

Zepeda, Monique e Ixchel Estrada (2009) Toda la verdad, Editorial Oceano, Barcelona.